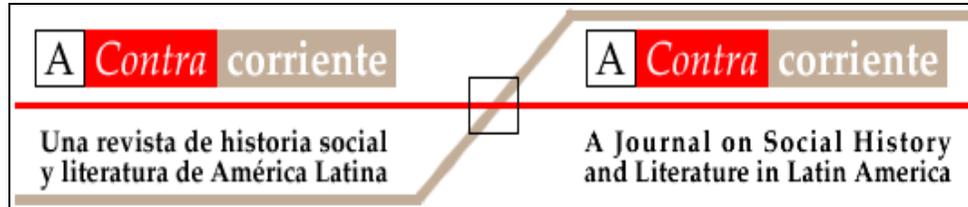


Note / Nota



Vol. 4, No. 1, Fall 2006, 86-109

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Imperialismo y representación: anotaciones en torno al “Coloquio re-pensar el imperialismo” (Buenos Aires 2000) y *Culturas imperiales*¹

Alejandro Solomianski

California State University, Los Angeles

¿Cuáles son los mecanismos y los formatos culturales mediante los cuales se reproduce una cosmovisión imperialista, una concepción del mundo que organiza la experiencia humana de acuerdo a jerarquías paralizantes, destructivas y oposiciones entre “centro” y “periferia”, entre “Modelo” y “copia” como si se tratase de certezas ontológicamente indubitables? ¿Hasta qué punto el poder de

¹ Ricardo Salvatore, compilador (Rosario: Beatriz Viterbo, 2005).

resistencia de la reflexión intelectual se encuentra relativizado ya desde el formato libro, reseña o nota académica, la inevitable exclusión de audiencias, la auto-segregación (a veces necesaria en función de la profundidad y la consistencia)? El formato heterogéneo de los presentes comentarios, atravesado por la vocación reflexiva y cronística se ha moldeado a partir de interrogantes como los precedentes: forzosos y florecientes al momento de intentar reseñar críticamente un libro tan amplio y significativo como el compilado por Salvatore.

Culturas imperiales (experiencia y representación en América, Asia y Africa) es un texto tan útil como complejo: nos ofrece un repertorio de respuestas e investigaciones notablemente valioso y a la vez deja abierta una atmósfera de debate e indefinición que nos invita a continuar el cuestionamiento y la indagación acerca de una problemática que, en rigor, nos constituye como sujetos.

El libro constituye, a simple vista, un proyecto ambicioso ya sea por la magnitud del tema tratado, la multiplicidad de áreas exploradas, la diversidad de disciplinas académicas involucradas o la variedad de perspectivas modeladas a través de los doce ensayos compilados. El muestrario de colaboradores resulta amplio y plural otorgando espacio a voces divergentes que se ubican tanto en/desde la academia estadounidense o europea como en el hemisferio sur. Para mencionar tres o cuatro nombres (al azar) que ilustren la amplitud del volumen pueden citarse los de Oscar Terán, Ileana Rodríguez, Andrea Giunta o Renato Ortiz.

En rigor el libro es resultado del Coloquio Internacional “Repensando el imperialismo” (agosto, 2000), realizado en la Universidad Torcuato Di Tella de Buenos Aires. Los “keynote speakers” Walter Mignolo y Arcadio Díaz Quiñones y las contribuciones de numerosos participantes rioplatenses (mencionadas aunque muchas no compiladas en el volumen que con bibliografía se aproxima a las 400 páginas) dan cuenta del atractivo

como espacio de reflexión de un campo intelectual periférico y a la vez central (a nivel regional) que se acercaba a una de las crisis más relevantes y profundas de su historia. En este sentido Buenos Aires entraba al “tercer milenio” como un espacio empobrecido y violentado pero conservando su peculiaridad de “hervidero cultural,” o en un sentido similar y menos “culturalista,” un espacio de reflexión y resistencia. Son ampliamente conocidas las repercusiones de dicha crisis y el giro favorable en el que logró encausarse algo del fervor de las puebladas de diciembre de 2001. Este giro, tal vez impredecible en el año 2002, está hoy, a mi entender, difundido, tal vez, de un modo (a veces) exageradamente optimista. Sin ahondar más en la evolución la crisis mencionada me interesa señalar el contexto en el que se realizó el debate que daría origen al volumen *Culturas imperiales* en tanto medio significativamente condicionado: una Buenos Aires (y una Argentina) que había llegado al borde mismo de su autodisolución e ingresado a una transformación identitaria que ya resultaba a todas luces inocultable (y aparentemente irrefrenable). Esta dolorosa sensación de una caída uniformemente acelerada en un espacio del cual el futuro se había fugado para siempre era el horizonte y telón de fondo de cualquier emprendimiento. Aquel lamentable estado de cosas era el resultado directo de la férrea aplicación neo-colonial de las recetas neo-liberales del Fondo Monetario Internacional por parte de una clase dirigente (más rigurosamente una oligarquía política) de “representantes” que, sin ningún disimulo e incluso insólitamente estimulados por las correspondientes protestas populares, se apresuraban a saquear, en complicidad con algunos agentes del “capitalismo occidental globalizador,” unas riquezas que parecían estar llegando a su total agotamiento. Curiosamente esta atmósfera de involuntario o impremeditado suicidio colectivo se instrumentaba dentro y a través del más riguroso modelo democrático occidental, implementado entonces (aunque esto podría llevar a una discusión

que escapa a mis presentes intenciones) como una estrategia y un artefacto de dominación neo-colonial: una representación subordinada a los rituales más eficientes de una cultura imperial.

Es dentro de este contexto tan caótico y desesperante como fértil que Ricardo Salvatore comienza a plantearse la necesidad de “re-pensar el imperialismo,” la perentoriedad de discutir acerca de las posibles analogías y diferencias entre el “Nuevo Imperialismo (la ocupación territorial y administrativa de buena parte de Africa y Asia) y las situaciones de dependencia neo-colonial o de imperio informal” (11). Después de la difusión de aportes ya clásicos y combativos como los de Frantz Fanon o elaboraciones posteriores más académicamente explicativas y abarcadoras como las de Edward Said y el extenso repertorio de textos ya clásicos que surgen en torno al Quinto Centenario del “encubrimiento de América,”² Salvatore y el equipo intelectual que organizó el Coloquio de agosto del 2000 se encontraban ante una gran riqueza de producciones teóricas y de estudios concretamente focalizados y, simultáneamente, ante la necesidad de cuestionar categorías (imperialismo formal o informal, colonialismo, neo-colonialismo) que parecían perder su aparente poder explicativo ante el agujero negro de la “globalización.” Ante todo se veía como “necesario re-pensar el imperialismo desde

² Resulta poco discutible la relevancia emancipadora de *Pieles negras, máscaras blancas* o *Los condenados de la tierra*. Del mismo modo es indudable la influencia en nuestros modos de reflexionar sobre el imperialismo de *Orientalismo* y subsidiariamente su complementario *Cultura y imperialismo*. Para mencionar sólo unos pocos textos de los clásicos producidos en el contexto del “Quinto Centenario” (y que están en la base de las indagaciones de *Culturas imperiales*) pueden citarse *Imperial Eyes* de Mary Louise Pratt, *La voz y su huella* de Martin Lienhard, *El discurso narrativo de la conquista* de Beatriz Pastor, 1492. *El encubrimiento del otro*, de Enrique Dussel y *La colonización de lo imaginario* de Serge Gruzinski. Se trata obviamente de un recuento sumamente reduccionista y considerablemente orientado al área latinoamericana. Por otra parte me parece oportuno mencionar aquí, en tanto acontecimiento editorial y privilegiado fenómeno de representación de la experiencia imperial, ya en los mismos comienzos de lo que llamamos globalización occidental, de la publicación (reparación simbólica) por primera vez, tras siglos de silenciamiento y negación, de la *Obra completa* de Bartolomé de Las Casas en 14 tomos a partir de 1990 por parte del estado español y bajo el sello de la “Sociedad Quinto Centenario”.

adentro: es decir, desde la academia, desde la ciencia, desde la historia, desde los aparatos de creación artística y literaria” (12).

Entre el coloquio y la elaboración y publicación del libro mediaron cinco años. Los sucesos del 11 de septiembre de 2001 y sobre todo las invasiones prácticamente unilaterales del ejército estadounidense a Afganistán e Irak, que podría proponerse, retrotraerían el accionar del dispositivo imperialista a una dominación primariamente militar ejercida por una potencia nacionalista, reubicarían en un segundo espacio de relevancia las propuestas de investigación desarrolladas en *Culturas imperiales*. En líneas muy generales una concepción que, paralelamente a las propuestas de Hardt y Negri (2000), tiende a flexibilizar y relativizar las oposiciones claras (y maniqueas) entre Norte y Sur, opresores y oprimidos, fronteras nacionales e imperiales. Pude asistir a la presentación de *Culturas imperiales* el 18 de agosto de 2005 en Buenos Aires. En los comentarios profundos y meditados de Mónica Hirst y Florencia Garramuño y sobre todo en el debate abierto por la reunión no dejó de discutirse, con consistente integridad intelectual, hasta que punto el explícito expansionismo del Pentágono (y el negocio guerrero y “reconstruccionista” de Halliburton) no hacían la problemática del imperialismo un poco más simple y previsible. Las diversas contribuciones mostraban una resistencia a las simplificaciones, a las catalogaciones que explican la dominación en función del poder armamentístico y a éste en función del económico, dejando de lado la configuración de las subjetividades imperiales y sus funcionamientos en diversos contextos. El rotundo fracaso de la invasión a Irak nos muestra justamente la mayor complejidad del fenómeno. Michael Hardt (2006) en un artículo publicado recientemente en *The Nation* argumenta consistentemente con sus conocidas formulaciones que:

The Iraq War is a disaster, not just for the Iraqi people and the occupying soldiers but also for the authors of the war.

They have proven themselves incapable of doing what imperialists must do. Not only they have failed militarily by being unable to contain a stubborn insurgency, they have also failed to create a stable market for profits (Hardt, 2006, 27)

Su conclusión, bastante predecible, es que este “desastre” sería la comprobación fáctica de la imposibilidad contemporánea de existencia para el “imperialismo” de cuño tradicional en la compleja estructura planetaria del “Imperio.” Dejando de lado que tras este “desastre bivalente” la cuota de sufrimiento de la población iraquí es infinitamente mayor a la que les toca a los “autores de la guerra” (¿Más allá del accionar de figuras “carismáticas” como Rumsfeld, Cheney o Bush, podríamos realmente identificar a niveles individuales a dichos autores?), y que el imperialismo tradicional ya ha sido vencido en modalidades y lugares tan diversos como Stalingrado y Vietnam, no me caben dudas de que las explicaciones simplificadoras no nos ayudarán a entender e intervenir en problemáticas complejas. Más bien todo lo contrario, podemos ver que las clasificaciones unívocas y maniqueas son funcionales a los ejecutores visibles del poder imperial: un “nosotros” supuestamente libertario y democrático enfrentado a un “otro” absoluta y ontológicamente malignizado (“eje del mal,” “cruzadas contra los infieles,” “tiranos genocidas”), un “otro” frente al cual la única posibilidad es la tortura porque el diálogo sólo puede realizarse con otros cuya humanidad es reconocida como la de iguales. Afortunadamente, aunque sin salir del ámbito de la miseria humana, el imperialismo en otros contextos se presenta con modalidades atenuadas y estrategias más mitigadas. *Irresistible Empire* de Victoria de Grazia (2005), por ejemplo, con su minuciosa narración del desarrollo de la cultura mercantil-consumista estadounidense y su construcción de hegemonía política justamente sobre el territorio europeo durante el siglo XX nos brinda nuevas herramientas para

entender la historia desde la perspectiva de la colonización de los hábitos de vida, de la atmósfera “privada” y del imaginario subjetivo.

En este sentido considero que *Culturas imperiales* es un texto marcadamente contemporáneo y de intenso poder explicativo. A primera vista surge la pregunta de si se trata de un compendio o de una totalidad sistemática u orgánica. A renglón seguido surge la pregunta sobre la pregunta: ¿Por qué tendría que tratarse de un todo orgánico? ¿Qué ventajas nos ofrecería un texto tendiente a la univocidad respecto a uno más bien polifónico? *Culturas imperiales* no nos ofrece una respuesta cerrada. Obviamente cada artículo no es una piedra arrojada al vacío sino un discurso articulado a un debate. La variedad y la amplitud, conjuntamente con el profundo nivel de especialización (y por lo tanto de autonomía) de cada ensayo es lo que hacen de la compilación, a mi entender, una obra de gran aliento.

Intentaré, después de estas breves anotaciones orientadoras respecto de los contextos, reseñar, aún con mayor brevedad, el complejo contenido del libro. La introducción “Re-pensar el imperialismo en la era de la globalización” (9-35) escrita por Ricardo Salvatore proporciona un contexto general del estado de la problemática a partir de los logros de diversas corrientes académicas y explica las motivaciones tanto del congreso como del libro que éste originaría. Básicamente podría decirse que la contradicción entre un mundo crecientemente más globalizado y a la vez progresivamente más desigualitario sería el detonador o la inspiración para la búsqueda de nuevas respuestas. El texto más que una introducción que reseña brevemente las contribuciones compiladas se configura como un verdadero ensayo independiente que utiliza como material para sus reflexiones, sin forzarlos, aportes de los ensayos compilados. A su vez es claramente una convocatoria para los intelectuales “locales” a repensar la presencia elusiva y fantasmática de un imperialismo aparentemente cada vez más ausente y en rigor cada

vez más presente. Este primer ensayo introductorio se cierra señalando explícitamente la labor de Said como la iniciación de este paradigma que debería ser profundizado.

El primer ensayo “Revisitando la noción de imperialismo cultural” (37-54) de Renato Ortiz parte de una consistente y aclaratoria investigación terminológica (“imperio”, que es el concepto más antiguo o pre-moderno del que parte, “imperialismo” que se corresponde al momento de mayor expansión de imperialismo británico e “imperialismo cultural” que se corresponde al auge de las industrias culturales y el consumismo controlado desde el mercado y las instituciones financieras estadounidenses). El eje del ensayo, además de historiar la evolución de los matices conceptuales, es establecer la conexión profunda entre las herramientas del pensamiento (ya sea crítico o laudatorio) y los procesos históricos frente a los cuales estas categorías conceptuales se producen. Entonces como reverso de una primera noción etnocentrista y arrogante del “imperialismo” Ortiz señala el desarrollo de una reflexión crítica que parte (y desarrolla aspectos) del pensamiento marxista. De este modo textos como *La acumulación del capital* (1913) de Rosa Luxemburgo o *El imperialismo, etapa superior del capitalismo* (1916) de Lenin asientan el poder explicativo de un concepto de raigambre europea que florecerá con la literatura marxista impulsada por la revolución bolchevique. Este imperialismo (monopólico capitalista) es de cuño nacionalista y militarista y su trazo ideológico-cultural es el racismo según el cual las razas “superiores” tienen la carga de “civilizar” a las “inferiores.” La noción más compleja de “imperialismo cultural” (y aquí Ortiz cita *Pensar sobre los medios: comunicación y crítica social* de Armand y Michèle Mattelart) se habría consolidado en el Congreso de la Cultura realizado en La Habana en 1968. Se refuerza de esta manera que “un determinado clima político favorece el empleo de una nueva categoría de análisis” (43). Dentro de esta línea de análisis aparecen

libros como *Para leer al Pato Donald* (1972) de Mattelart y Dorfman o *Comunicación de masas e imperio yanqui* (1974) de Herbert Schiller. Retrotrayéndose a los textos de Sartre y Fanon, Ortiz explicita el poder explicativo de la noción de “alienación” como elemento constitutivo de la dominación cultural, de este modo “Humanismo, marxismo, existencialismo se asocian así con un tema que hasta entonces les había resultado distante, secundario: la situación colonial” (45). Esta visión dicotómica del mundo (nacional/extranjero) que postergaba las contradicciones internas resultaba, sin embargo, muy eficaz y combativa en un mundo donde Estados Unidos era, indiscutiblemente, el monopolizador de las tecnologías de la comunicación y la información. En un mundo como el actual donde la única supremacía clara del mercado estadounidense es su poderío armamentístico y donde la órbita cultural se ha constituido muchas veces como un espacio de resistencia e incluso de discusión de las contradicciones intrafronteras, el modelo de dominación cultural unidireccional ha perdido gran parte de su poder explicativo. Aunque de ninguna manera deja de ser sugerente a la hora de pensar las relaciones de poder en una sociedad global descentrada.

El segundo ensayo “Colonialidad global, capitalismo y hegemonía epistémica”, de Walter D. Mignolo, propone, como una forma rigurosa de re-pensar el imperialismo, una experiencia de pensamiento radical, la inmersión total en el aparato fenomenológico del “otro”: no pensar desde el imperialismo (en el cual estamos inmersos) sino desde la colonialidad (permanentemente en el borde y significativamente excluida de los recuentos epistemológicamente validados por la occidentalización). “Hay que distinguir entre la manera que el capitalismo se vive, se experimenta fenomenológicamente, en Francia, en Estados Unidos, en Tailandia, en Africa del Sur, en Ruanda, en América Latina” (59) “fenomenología y existencialismo fueron formulados a partir de la

experiencia del hombre blanco y de la historia “moderna” de Europa y necesitan ser reformulados a partir de la experiencia del hombre y la mujer negra o de color y de la historia “colonial” de Asia, Africa, América Latina y el Caribe.” Con un nivel de elaboración como el que puede visualizarse en *The Darker Side of Renaissance* (1995) pero en un espacio mucho más pequeño Mignolo se aboca a la crítica de las conceptualizaciones renovadoras de Hardt y Negri (“Imperio”), Wallerstein (“Sistema-mundo”) y Castells (“Sociedad red”). La crítica se aboca a desmontar las tres propuestas (aunque las dos primeras son discutidas con mayor intensidad e insistencia) desde un supuesto afuera de la epistemología hegemónica apuntando a que las críticas al eurocentrismo de los autores mencionados se hacen desde adentro del eurocentrismo. De este modo el “Imperio” es una entidad que empieza a expandirse desde el Imperio Romano, pasa por el “Descubrimiento” y se fortalece en el mercantilismo moderno del Atlántico. Brillan por su ausencia los formatos perceptivos y los contenidos elaborados fuera de esa linealidad histórica que por su misma lógica no puede dejar de percibirse como “universal.” No intentaré trasladar a unas pocas líneas y mucho menos discutir una propuesta que Mignolo viene elaborando desde hace más de una década. En su opinión (y la de Fernando Coronil a quien cita explícitamente) el eurocentrismo está en la base del “globacentrismo,” motivo por el cual debemos “repensar geopolíticamente las formas de pensar” (85) y tratar de liberar nuestro discurso crítico de su asfixiante horizonte epistémico eurocéntrico mediante la inmersión en una “epistemología fronteriza.” Desde allí podremos “pensar la (pos) modernidad y el imperi(o)alismo desde su silencio: la colonialidad global” (87). La propuesta posee una reivindicación y “aggiornamiento” (más incluyente) del pensamiento de Dussel como apareciera formulado

en 1972.³ El ensayo es una meditada invitación a la discusión e, indudablemente, posibilita una remarcable apertura de horizontes filosóficos, epistemológicos e ideológicos.

El tercer ensayo “Encuentros cercanos. Hacia una nueva historia cultural entre Estados Unidos y Latinoamérica” (89-120) de Gilbert Joseph, a diferencia de los dos artículos anteriores y la introducción se aboca a una problemática concreta: el modo en que los diversos recuentos históricos de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina (tanto desde una derecha desarrollista como desde versiones diversas de la neo-marxista teoría de la dependencia) tienden a simplificar la naturaleza compleja y heterogénea de los “encuentros,” “zonas de contacto” y procesos dialógicos diversos que dieron origen a una experiencia más compleja y más rica que lo que suele compendiarse. La intención no es mitigar la dureza de estos “encuentros” sino discutir las explicaciones facilistas y más o menos previsibles que han agotado su poder explicativo. El ensayo de Joseph analiza el funcionamiento de diversos paradigmas historiográficos y propone que las categorías conceptuales a partir de las cuales éstos se han consolidado (“local”, “extranjero,” “adentro,” “afuera”) han perdido su valor en un contexto discursivo posmoderno. En rigor, a la manera de una caja china o una *mamushka* el trabajo de Joseph es la readaptación de un trabajo suyo anterior: su introducción al libro colectivo *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*. Se configura, de este modo, como una invitación a conocer los aportes de un paradigma historiográfico renovador.

El cuarto ensayo “Entre lo aurático clásico y lo grotesco moderno: La mayística moderna como campo de inversión y empresa poscolonial” (121-140) de Ileana Rodríguez, nos brinda un texto de

³ Entiendo que las formulaciones de Dussel en *1492* constituyen una puesta al día tan fascinante como radical e inclusiva.

lectura tan placentera como minuciosamente documentado e incluso ilustrado: cinco páginas son reproducciones fotográficas de mapas, templos, bajorrelieves y esculturas. Ante la visible paradoja de un pasado maya clásico de “progreso” y “civilización” y un presente indígena oculto y degradado “grotesco,” Ileana Rodríguez analiza los fundamentos, recorridos y argumentos del discurso mayístico para establecer su funcionamiento en tanto empresa colonial. No se trata de desmerecer los hallazgos de este paradigma multidisciplinario que montado sobre la arqueología, la agronomía, la lingüística y la etnohistoria ha producido un cuerpo de conocimiento considerable y útil, sino de entender cómo, simultáneamente, este corpus de conocimiento configura una forma de autoridad y es funcional a una situación de dominio que se entrelaza a los tejidos discursivos del imperialismo “occidental.” La propuesta sugiere que la mayística, para comprender sus alcances menos evidentes, debe ser releída como un texto que habla muy significativamente, además de atender su objeto de estudio, sobre su emisor y sus condiciones sistémicas de producción de conocimiento. En este sentido el discurso mayístico se configura desde el asombro y considera la civilización Maya como un original aurático de acuerdo a la categoría de Walter Benjamín. “lo Maya clásico vendría a ser considerado como obra de arte irreproducible cuya expresión más alta fue realizada en un pasado remoto” (125). Justamente esa visualización romantizada y esteticista de un pasado quebrado, absolutamente discontinuado del presente, evidencia la dimensión política de las investigaciones de la mayística.

El ensayo quinto “Intersecciones coloniales y poscoloniales: *Lieux de mémoire* en Argel” (145-164) de Zeinep Çelik no sólo cambia el espacio y el tiempo estudiado y con ello la potencia imperialista y el espacio colonizado en foco, sino también las herramientas disciplinarias, que aquí pasan a ser la arquitectura, la urbanística y la historia del arte. Un “lugar de memoria” de acuerdo

al historiador Pierre Nora es una entidad que ha adquirido un valor conmemorativo para una comunidad. Para entender la amplitud del concepto debe percibirse la diferencia y considerarse las interacciones entre la voluntad de recordar (memoria) y la de registrar (historia). Çelik analiza como los espacios urbanos simbólicos de la era imperialista francesa y la famosa pintura *Las mujeres de Argel* de Delacroix actuaron en un primer momento como catalizadores en la imposición de la estructura de poder, para luego, resemantizados en el período poscolonial, actuar como espacios de resistencia y recuperación de la identidad local. La propuesta del ensayo no es nada simplista y se aboca al estudio de “lugares de memoria” (*La Place d’Armes*, la *Place des Martyrs*) en tanto lo que son: multifacéticos palimpsestos cuyos sentidos pueden darse vuelta y alterarse de acuerdo a cambios significativos en los contextos históricos y dentro de sus tejidos comunicacionales. Resulta de particular interés el estudio sobre los contrastes y las tensiones entre el original de Delacroix, inicialmente un acto de apropiación simbólica del ámbito privado y sagrado colonizado, al comienzo de la dominación imperialista y las versiones que Picasso realizó durante los primeros meses de la guerra argelina. El estudio se cierra analizando apropiaciones más recientes de este “lugar de memoria” en función del activismo feminista argelino poniendo de este modo en evidencia la compleja polisemia de estas entidades materiales y a la vez simbólicas, y su poderoso valor explicativo para desentrañar dimensiones ocultas de los procesos de dominación colonialista, incluso aquellos impuestos fronteras para adentro.

El sexto ensayo “El 98: la guerra simbólica” (165-184) de Arcadio Díaz Quiñones estudia y documenta la ambigua construcción de significados que el uso de la iconografía, mayormente sostenida

por el entonces moderno avance tecnológico de la fotografía,⁴ jugaría en la percepción de las guerras imperiales de Filipinas y Cuba y la ocupación militar norteamericana de Puerto Rico. Díaz Quiñones focaliza el momento clave en que el arcaico imperialismo español llega prácticamente a su disolución y el moderno imperialismo estadounidense auto-difundido como democrático, progresista y liberador comienza sus aventuras extra-continetales. El peso de la fotografía fue inmenso tanto para la creación de consenso y patriotismo como para la consolidación de una épica gráfica y varonil en la que altos mandos militares, anteriormente soldados enemigos del Norte y del Sur, luchaban ahora reunidos tras los principios humanitarios de la Unión. El estudio reafirma que estas luchas son las primeras guerras modernas desde la perspectiva del ingrediente masmediático de la modernidad: la visibilidad mundial (o al menos a ambas costas del Atlántico) que alcanzaron los espacios coloniales de Filipinas, Cuba y Puerto Rico fue un fenómeno totalmente inédito. El florecimiento de las correspondencias, los diarios de viajes y el periodismo gráfico servían para construir el exotismo del espacio colonial y justificar la auto-celebración imperialista. El ensayo ejemplifica ampliamente con materiales mayormente estadounidenses pero sin dejar de lado la producción española de mensajes en los medios masivos: “Ese combate simbólico, en medio de la orgía nacionalista de ambos países fue decisivo” (169). Además de esta dimensión voluntaria y planificada del uso de la fotografía, Díaz Quiñones reflexiona acerca de la dialéctica de colaboración y resistencia que el uso del medio fotográfico produce. El hecho de que en esos elocuentes testimonios gráficos se encuentra un “plus” que se le escapa a los mismos emisores del mensaje: “un mapa para que otros, tal vez nosotros

⁴ Siguiendo esta línea de investigación sería de significativa relevancia estudiar la interconexión entre la fotografía digital, el correo electrónico y la intervención estatal estadounidense en el flujo de imágenes fotográficas procedentes de la invasión a Irak.

mismos, transitáramos por esos lugares y produjéramos, en diálogo con los muertos, otra verdad. La guerra simbólica (-de acuerdo al contexto de este estudio-) empezó en torno a 1898, pero no ha cesado aún” (182).

El séptimo ensayo “Misión imposible. Nelson Rockefeller y la cruzada del internacionalismo artístico” (185-212) de Andrea Giunta investiga la función jugada por las exposiciones de pintura en la construcción de hegemonía cultural (e implícitamente política y económica) estadounidense en América Latina entre la década de los '30 y fines de los '60. Puede señalarse que el estudio, que podría encuadrarse como historia del arte, no pierde de vista en ningún momento la forma en que la serie “arte gráfico” construye significados social y geopolíticamente, ni la relevancia que las configuraciones institucionales e históricas poseen en las interacciones que dan lugar a estos procesos significativos. El “protagonista” de la “cruzada por el internacionalismo artístico” es Nelson Rockefeller y el contexto, más allá de las relaciones interamericanas es el de la guerra fría. El rol jugado por Rockefeller en tanto presidente del MOMA de Nueva York, director de la petrolera venezolana Creole (filial de la Standard Oil of New Jersey) o enviado cultural e informante de Nixon unas tres décadas más tarde es siempre el mismo: el de rector de un programa que veía al arte y la comunicación como herramientas fundamentales en el sostenimiento y acrecentamiento de la hegemonía política y económica estadounidense. En esta cosmovisión el prestigio simbólico y su consecuente halo de seducción pueden llegar a ser tan vitales para la fortaleza del imperio como su poder armamentístico. Andrea Giunta analiza las peripecias de Rockefeller y la política exterior norteamericana en el transcurso de las tres décadas mencionadas, los resultados de los intercambios artísticos “panamericanos” y el rol del “expresionismo abstracto” como instrumento simbólico del expansionismo cultural norteamericano.

Mediante la canonización del arte abstracto estadounidense se enfrentaba al realismo socialista y a la vez se intentaba mudar el espacio central del arte del siglo XX de París a Nueva York. El artículo se cierra con un análisis del fracaso y la relativización de esta estrategia “culturalista” a partir de la divisoria de aguas que representó la revolución cubana.

El octavo ensayo “Imperios del viaje. Guías de viaje británicas e imperialismo cultural en los siglos XIX y XX” (213-242) de John MacKenzie desentraña, con una erudición minuciosa sobre su objeto, las diversas funciones de las guías de viaje británicas entre 1859 y 1930. La precedente evolución de la cartografía, los diarios de viajeros y la posterior “estructura de sentimientos” imperialista británica, que de acuerdo a los resultados de este estudio permanecería prácticamente intacta hasta entrados los '60 en el siglo XX, no dejan de ser analizados por MacKenzie. A primera vista esta profusión de las guías de viaje puede ser considerada como un síntoma, como una consecuencia del omnívoro despliegue del Imperio Británico, del desarrollo de la industria editorial, del desarrollo naviero, de la penetración mercantil británica, del surgimiento de una burguesía moderna y del consecuente desarrollo de la industria del turismo. Sin embargo una lectura atenta de los materiales desenmascará su rol re-alimentador de la empresa de expansión imperialista. Su construcción de subjetividades “blancas” y “masculinas” que casi como un deber patriótico se apropiarán tanto simbólica como físicamente de territorios exóticos (“Medio Oriente,” Africa, India, Australia, “informalmente” de Sudamérica) que se integrarán de este modo en la comunidad imaginada del Imperio. Las guías iban dirigidas a viajeros (colonos o turistas) y hombres de negocios, pero también a militares y otros funcionarios de la administración imperial. El lector implícito que construían era el de un ciudadano del Imperio amante del desarrollo y el progreso “mundiales.” El conjunto de información que las guías reunían era

tanto física, climatológica y geográfica como “histórica.” Las batallas militares de la colonización eran ideológicamente reconvertidas en espacios de memoria del imperialismo y sus espacios físicos pasaban a ser hitos fundamentales de los recorridos turísticos; de este modo el viaje a los bordes del imperio juntaba de un modo esquivoide la contemplación y disfrute de “lo natural” con la auto-celebración nacionalista de la ampliación del espacio imperial.

El noveno ensayo “Exhibición de atrocidades. La fotografía, los misioneros cristianos y la cultura de protesta imperial a principios del siglo XX” (243-267) de James Ryan rediscute el rol de la fotografía entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, en tanto un artefacto que posibilita la creación de nuevos “regímenes visuales” (o modos de ver) imperialistas. Justamente, como en el trabajo ya comentado de Arcadio Díaz Quiñones, la reflexión apunta a los intersticios en los que se posibilita un rol antiimperialista para la producción fotográfica, revirtiendo su capacidad de herramienta de control y opresión. El artículo de Ryan elabora esta problemática mediante un estudio de caso concreto: la labor testimonialista, tanto en la recolección de pruebas como en su difusión mediante “muestras” colectivas, de misioneros cristianos británicos frente a las atrocidades del reinado de Leopoldo II de Bélgica en su dominio del Congo. El libro nos muestra parte del material fotográfico utilizado por los misioneros, potenciando nuestra experiencia del problema y evidenciando el modelo de construcción estético que junto con el poder de la denuncia fomenta el poder de los emisores, es decir, los misioneros. El ensayo cuestiona hasta que punto esta agencia humanitaria, anti-belga y pro-británica, puede ser considerada “antiimperialista,” calificación que descarta con argumentación rigurosa e imparcial. Sin embargo, en la apropiación que contemporáneamente realiza Mark Twain (ferviente pensador y activista antirracista y antiimperialista) de los testimonios fotográficos de las atrocidades, Ryan nos hace irrefutable la

consistencia de ese repliegue antiimperialista posible en el medio fotográfico, esa dialéctica de colaboración y resistencia mencionada anteriormente.

El décimo ensayo “Panamericanismo práctico. Acerca de la mecánica de la penetración comercial norteamericana” (269-300) del mismo Ricardo Salvatore reelabora una versión del expansionismo imperialista estadounidense que contrasta abiertamente con las historias sustentadas desde la teoría de la dependencia. Su análisis, por lo tanto, no fija su atención en los aspectos violentos o militaristas del capitalismo norteamericano sino que, por el contrario, apunta hacia los elementos persuasivos, seductores y en apariencia no violentos de este avance imperial. Una perspectiva tan original y sugerente como la aportada por de Grazia en *Irresistible Empire*. No se trata de un intento de olvidar las numerosas intervenciones armadas en el “Sur,” la “Escuela de las Américas”, el desvergonzado apoyo a la “Contra” nicaragüense o a los golpes de estado sanguinarios de los '70 sino de establecer una genealogía de la hegemonía norteamericana en Latinoamérica a partir de un accionar comercial. Este accionar “comercial,” en rigor la implementación de una transformación cultural de profundas implicancias políticas, poseía un carácter ambivalente que pudo haber pasado desapercibido para gran parte de sus ejecutores: empresarios y comerciantes que creían estar cambiando positivamente el orden existencial de las repúblicas al sur del Río Grande. Salvatore desarrolla su ensayo a través del estudio minucioso de la “avalancha” de manuales publicados entre el comienzo de la Primera Guerra Mundial y 1920 para manufactureros y exportadores que deseaban expandir el comercio estadounidense a Sudamérica, consolidando simultáneamente la misión patriótica de reemplazar a la competencia europea ya instalada y expandir los valores y la supremacía “universal” de “el modo de ser Americano.” El ensayo se detiene en las estrategias y el abanico de creencias de

estos agentes imperialistas “informales”: la “indiscutible” superioridad tecnológica y existencial del imperio en expansión se veía falazmente como el enfrentamiento de dos temporalidades diferentes. La polifacética y multiforme América Latina de la tercera década del siglo XX era conceptualizada como el Oeste estadounidense inmediatamente posterior a la Guerra Civil, y su futuro debía ser la asimilación a los designios de la gran nación rectora del Norte. La construcción de un “panamericanismo” sobre los pilares del transporte (sobre todo la sustitución del ferrocarril por el automóvil y los camiones),⁵ la prensa “libre” y la publicidad, y la “educación,” representaba el fortalecimiento de industrias que a su vez serían potenciadoras de la penetración de otros bienes comerciales manufacturados por el imperio (y la sustracción de materias primas). Esta construcción de un mercado hemisférico era también la construcción de un sujeto colonizado por el consumo, una subjetividad deseante de las “nuevas necesidades” impuestas por el mercado y subordinada a la aspiración de llegar a ser un consumidor respetable.⁶

El undécimo ensayo “El espiritualismo y la creación del anti-imperialismo latinoamericano” (301-314) de Oscar Terán es un trabajo breve en comparación con los otros que integran la

⁵ Piénsese en el peso fundamental que la construcción de la autopista “25 de Mayo”, resistida por las asociaciones profesionales pertinentes, tuvo en la conformación de la afamada deuda externa argentina y en la acción de gobierno de la Junta Militar genocida apoyada por la CIA. (en el supuesto contexto de las batallas en el exterior de la Guerra Fría). A mi entender este comienzo de “despublicización” del transporte tuvo y tiene consecuencias desastrosas en el modelo nacional argentino (a nivel económico, ecológico y en el de la constitución comunitaria) y se transformó en una orientación rectora durante el menemato a través de su programa de destrucción de los restos del sistema ferroviario y la ampliación del sistema de autopistas.

⁶ Creo que sería interesante potenciar esta lectura del proceso de penetración imperialista en confrontación con versiones como la de García Canclini (1995) en *Consumidores y ciudadanos* que propone que “el consumo sirve para pensar.” En un orden mundial en el que las clases sociales pueden recatalogarse en tanto “consumidores,” “sostenedores del sistema” y “consumidos” encuentro especialmente interesante la discusión acerca de la producción de la subjetividad consumista.

compilación, situación que, en mi opinión, si bien potencia su poder de síntesis también limita sus alcances generales. El estudio presenta con notable lucidez la posición ultra-esteticista, y espiritualista del modernismo hispanoamericano como una operación política de construcción de una identidad latinoamericana. Esa preconización de un idealismo anti-utilitario, tan explícitamente trabajada por Rubén Darío y transformada en un credo en el *Ariel* de Rodó otorga a los sectores de la alta burguesía hispanoamericana una ficción identitaria que se opone a la ficción identitaria que simultáneamente se construye de los Estados Unidos. En el Norte se encontraría el imperio de Calibán: la exageración brutal, el utilitarismo explícito, la subordinación del “espíritu” a las “bajezas” de la materia, la valoración (“mediocratizante”) del número por encima de la calidad. De este modo esta escuela estética dirigida a las “minorías selectas” y reivindicatoria de las “jerarquías espirituales” formula una “valoración [que] podía articularse sin contradicciones con la visión (y los intereses) de la elite dirigente argentina” (306). Este antiimperialismo limitado y cuestionable en tanto representación de los intereses de la clase dominante, encontraría un actor histórico rigurosamente latinoamericanista dos décadas más tarde en las juventudes estudiantiles de clase media que gestaron la reforma universitaria democrática a partir de las movilizaciones iniciales en Córdoba. El argumento es indiscutible, sin embargo, más allá de la concisión deseada y lograda en el artículo ¿no resultaba posible ver una raíz diferente del antiimperialismo latinoamericano en la confrontación entre “Nuestra América” de Martí y el texto de Rodó? ¿Por qué un filósofo-historiador con una amplia formación marxista excluye de un modo tan patente la más mínima mención del texto latinoamericano clásico para pensar esta problemática como lo es *Calibán* de Roberto Fernández Retamar? ¿Se trata de un recorte en función de la longitud del ensayo o de una omisión premeditadamente significativa (sobre todo considerando que en la

interpretación de Retamar “Ariel” es el intelectual que debe dejar de pensar al servicio de la clase dominante y ponerse al servicio de las causas populares de “Nuestra América”)?

El ensayo duodécimo “Vampiros del Imperio, o por qué el Chupacabras acecha a las Américas” (315-345) de Lauren Derby resulta, en mi opinión (sin desmerecer la calidad de todos los anteriores) el estudio más sorprendente y ameno de la compilación y la concluye sumergiéndonos en una intensa sensación de contemporaneidad. El texto despliega una investigación muy documentada y detallista (quizá sólo le faltaría la prueba fotográfica)⁷ de las narrativas acerca de las diversas (y crecientes) apariciones del “Chupacabras” (en principio un depredador alienígena chupador de sangre que hacía estragos entre animales de granja y que habría hecho su primera aparición en 1994 en el pequeño municipio de Canóvanas en la cordillera central de Puerto Rico). Los pormenores de esta historia, en la que el rumor mítico y el pensamiento mágico invaden el principio de realidad de numerosos seres humanos y medios de comunicación, se vuelven tan surrealistas como, en principio, cargados de humor. Sin embargo una focalización crítica y minuciosa como la elaborada por Derby logra translucir las motivaciones para la instauración de tal ficción y los significados que acompañan a este hecho. El primer punto a señalar es que “Si bien el chupacabras era un mito popular, tenía de todos modos efectos económicos reales.” (320). Podría proponerse que una ficción, como la de Tlön se iba entretejiendo e imponiendo sobre la “realidad” de un modo similar al que Borges propusiera en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, sólo que en este caso, en vez de tratarse de construcciones concentradamente elaboradas por científicos especialistas, era el discurso popular y de los excluidos (emitido a veces desde la desesperación y el miedo) el que iba configurando una nueva

⁷ En rigor, desearía que tal cosa no fuera posible.

“realidad”. El estudio demuestra que los lugares de aparición del chupacabras coinciden específicamente con espacios en los que el accionar del imperialismo estadounidense había dejado huellas indelebles (incluso en Chile) o continuaba afectando marcadamente las condiciones generales de existencia especialmente en perjuicio de los desposeídos, como el norte de México o Puerto Rico. La tesis general “es que a mediados de la década de 1990, los rumores sobre el chupacabras proporcionaron una ‘categoría epistemológica’ a través de la cual la gente corriente entabló un diálogo acerca de la naturaleza de la soberanía en la era de los mercados de fines de siglo” (323). Con variaciones y explicaciones diversas de acuerdo a cada contexto particular el chupacabras era “una invención que procuraba personificar el mercado en una figura que conjurara la experiencia del drenaje de la fuerza vital misma... (...) Así el aspecto de gárgola del chupacabras era un retrato perfectamente apropiado de un “estado vampiro” insidioso y mortífero (Estados Unidos),⁸ que parecía haber consumido los estados locales a lo largo y lo ancho de las Américas” (342)

Como espero haber podido reseñar, *Culturas imperiales* reúne un conjunto de estudios de formidable variedad en cuanto a sus enfoques y temáticas pero que, más allá de los desacuerdos o el diálogo al que inciten, como nota uniforme coinciden en el nivel de excelencia. Aunque el mismo Ricardo Salvatore es consciente de que resulta una empresa “imposible representar en un libro la multidimensionalidad del fenómeno imperial o neo-colonial” (31) y de que “Esta selección deja afuera (...) aportes valiosos para la tarea colectiva de ‘re-pensar el imperialismo’” (31), el libro presenta un

⁸ Entiendo que como bien lo señala Lauren Derby, aunque marca otro contexto y configuración del fenómeno, el libro de Michael Taussig *The Devil and Commodity Fetishism in South America* (1980) continúa teniendo un remarcable poder explicativo y merece ser tenido en cuenta en este contexto. Del mismo modo el film documental *El minero del Diablo* (Bolivia, 2005) es un material que aporta valiosos elementos a esta constelación de problemas.

notable caudal de información y una diversidad de enfoques metodológicos y disciplinarios que lo constituyen como un gran aporte en función de la tarea colectiva planteada. La “meta muy clara” de “re-colocar el estudio del imperialismo en la agenda de los historiadores, críticos culturales y científicos sociales locales” (32) ha sido provocativamente alcanzada.

OBRAS CITADAS

- Davidson, Kief and Ladkani, Richard. *The Devil's Miner*. Bolivia/U.S.A., 2005.
- De Grazia, Victoria. *Irresistible Empire*. Cambridge and London: Harvard University Press, 2005.
- Dorfman, Ariel y Mattelart, Armand. *Para leer al Pato Donald*. Valparaíso:Ediciones Universitarias, 1971.
- Dussel, Enrique. *1492. El encubrimiento del otro*. Bogotá, Anthropos, 1992.
- Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica, 1963.
- . *Black Skin, White Masks*. New York: Grove Press, 1967.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán*. México: Diógenes, 1971.
- García Canclini, Nestor. *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo, 1995
- Gruzinski, Serge. *La colonización de lo imaginario*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Hardt, Michael. “From Imperialism to Empire”. *The Nation*, Volume 283, Number 4, July 31/August 7, 2006. (26-29)
- and Negri, Antonio. *Empire*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2000.
- Joseph, Gilbert, LeGrand, Catherine and Salvatore, Ricardo (eds.) *Close Encounters of Empire. Writing the cultural History of U.S.-Latin American Relations*. Durham: Duke University Press, 1998.
- Las Casas, Bartolomé de. *Obra Completa*. Madrid: Alianza y Quinto Centenario 1990/2 (14 tomos)
- Lienhard, Martin. *La voz y su huella*. La Habana: Casa de las Américas, 1990.

- Mattelart, Armand: *Multinacionales et systèmes de communication*. Paris: Anthropos, 1976.
- Mignolo, Walter: *The Darker Side of Renaissance*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995.
- Pastor, Beatriz. *The armature of Conquest*. Stanford: Stanford University Press, 1992.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes*. London and New York: Routledge, 1992.
- Said, Edward. *Orientalism*. London: Penguin, 1978.
- . *Culture and Imperialism*. New York: Alfred Knopf, 1993.
- Salvatore, Ricardo (comp.). *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2005.
- Taussig, Michael. *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980.